

Sujeción y subjetividad en la formación del sujeto

Eukaris De Abreu ¹
eukarisdeabreu@gmail.com

Universidad Nacional Abierta
Venezuela

Recibido: Octubre, 2019
Aceptado: Febrero, 2020

RESUMEN

Con modos hermenéuticos se investigan dos tendencias teóricas referidas al sujeto: como cosa pensada-existencial y como fuerza creadora-orgánica. Se descubre una noción epistemológica de sujeto con un fundamento binario: sujeción y subjetividad. Desde una posición crítica, este hallazgo es “interpretado” en el ámbito actual de la formación, enfatizando en ese par un carácter contradictorio que anula la motilidad de tal proceso social (formación), a pesar de tener una fuerza generadora de cambios. Se concluye que la contradicción impide transformaciones porque ha sido “manejada artificialmente”, a través de la aplicación de una dosis adecuada de saber y de poder. Así, se ha hecho posible el control, por medios disciplinantes, de la Resistencia (subjetividad). El resultado es que la Reproducción (sujeción) continúa vigente en la formación del sujeto.

Palabras clave: formación, sujeto, sujeción, subjetividad.

¹ Profesor (Pregrado y Postgrado) de la Universidad Nacional Abierta /Centro Local Sucre-Cumaná. Profesor (Jubilado) Ordinario. Categoría Asociado. Dedicación Exclusiva. Años de servicio: 25. Último Cargo (2015-2019): Responsable de Investigaciones y Postgrado. Licenciatura en Educación, Mención Castellano y Literatura. Universidad de Oriente, Núcleo de Sucre. Magíster en Educación, Mención Administración y Supervisión. Universidad de Carabobo. Doctorado en Educación. Universidad de Oriente. Núcleo de Sucre.

Subjection and subjectivity in the formation of a person

Eukaris De Abreu
eukarisdeabreu@gmail.com

Universidad Nacional Abierta
Venezuela

Received: October, 2019

Accepted: February, 2020

ABSTRACT

With hermeneutic modes, two trends in the theory relating to the person are investigated: as a matter of existential thought (Hegel) and as a creative force-organic (Nietzsche) and discover is an epistemological notion of subject with a binary basis, subjection and subjectivity. From a critical position this finding is "interpreted" in the current scope of formation, with emphasis on those two contradictory character that overrides motility of social process (formation), despite having a force for change. It is concluded that the contradictory nature has prevented transformations because it has been "artificially controlled", joining adequate doses of knowledge and power. Thus, through disciplinary means, the control of the Resistance (subjectivity) has been made possible. The result is that the Reproduction (subjection) remains valid in the formation of the person.

Keywords: formation, subject, subjection, subjectivity.

Fixação e subjetividade na formação do sujeito

Eukaris De Abreu
eukarisdeabreu@gmail.com

RESUMO

Duas tendências teóricas sobre o assunto são investigadas com modos hermenêuticos: como uma coisa pensa-existencial e como uma força criativa-orgânica. Desabrange uma noção epistemológica de sujeito com uma base binária: subjetivação e subjetividade. A partir de uma posição crítica, esse achado é "interpretado" no campo atual de formação, enfatizando nesse par um caráter contraditório que anula a motilidade desse processo social (formação), apesar de ter uma força gerando mudança. Conclui-se que a contradição impede transformações por ter sido "artificialmente gerida", através da aplicação de uma dose adequada de conhecimento e poder. Assim, tornou-se possível o controle, por meios disciplinares, da Resistência (subjetividade). O resultado é que a Reprodução (fixação) permanece em vigor na formação do sujeito.

Chaves discursivas: formação, sujeito, fixação, subjetividade.

¡Salve sujeto!, ¡muerte al sujeto! o mejor aún *¿quién es o qué es el sujeto?*, y otras tantas expresiones parecidas pululan en las discusiones de un sector considerable de la intelectualidad. Se refieren a un habitante-habitado del mundo cuya conceptualización ha despertado reflexiones que han impactado en el diario vivir de la sociedad; aunque, tal vez, la mayoría de los constituyentes societales no se haya paseado por tales reflexiones.

Lo común es *conocer* a un sujeto: el gramatical. Aprendimos a decir que es *quien, aquel o aquello que realiza la acción en la oración*. Sin embargo, cuando se abandona el ámbito de la oración, y se penetra en el ámbito del enunciado, del discurso esa definición de la gramática no es suficiente. El sujeto puede convertirse en un tema muy complejo.

Quien quiera tratarlo, por una vía diferente a la gramatical, lo puede hacer; asumiendo, por ejemplo, que el sujeto es el objeto de la sujeción. Y que la sola palabra impide la libertad. Efectivamente, la palabra sujeto posee poder performativo.

El problema de la sujeción, que se ha derivado de la performatividad, no se resuelve con un cómodo cambio de significante, pretendiendo hacer más propias las palabras *persona, ser humano, hombre...* Es evidente que esas denominaciones son válidas, pero no borran del argot epistemológico, y menos del mundo, al sujeto con su disposición a la sujeción. Desde mi punto de vista, en este caso lo propio es dar otro(s) significado(s)-sentido(s) al término. El proceso pasa por hallar, en el tránsito histórico, aquello que, relacionándose con la sujeción y la subjetividad,

derrama sobre el sujeto un modo de hacer-se. Es importante subrayar que la temática no es sencilla, y que es preciso tratarla con amplitud epistemológica.

El sujeto siempre ha sido reconocido por su ropaje epistemológico. En diferentes momentos, se le ha dado una indumentaria apegada a la conveniencia del diseñador. Se ha tenido un “sujeto trascendental”, un “sujeto objeto”, un “sujeto muerto” ... En medio de tal diversidad, resaltan dos grandes tendencias que pueden sintetizarse en dos términos griegos: *noúmeno* o *dúnamis*. Estos son los atavíos modernos que ha ostentado el sujeto. El primero lo muestra como cosa pensada-existencial; objeto-sujeto del conocimiento racional. El segundo lo muestra como fuerza creadora-orgánica, constructor del conocimiento. En ambos casos, ha habido un intento por rescatarlo de la abstracción teológica y/o teleológica para humanizarlo, reconociendo-de diferentes maneras- un fundamento subjetivo negado al confort metafísico de la tradición clásica.

No obstante, se entiende que abandonar la cómoda abstracción y adentrarse en una aventura humanizadora puede resultar complicado. La salida salomónica ha sido una especie de subjetividad trascendentalizada. El sustrato de esta trascendentalidad es binario: universal e individual.

Ese sustrato se devela, según ciertas perspectivas del pensamiento, en un ideal universal que deja reluciente un añejo deseo de igualdad y libertad. En otras perspectivas, se devela en una exacerbación de la individualidad que también pretende la libertad, pero convirtiéndola en un medio de hacerse a sí mismo.

Lo innegable es que la subjetividad está en la raíz del sujeto moderno; bien sea como *noúmeno* o como *dúnamis*. De manera que, el universalismo y el

individualismo tienen una convergencia en la subjetividad transcendentalizada. Y esto pudiera asumirse, en primera instancia, como un punto de comunión entre dos maneras de pensar.

Ya se ha hecho evidente que en este estudio se va tras la subjetividad y tras la sujeción porque son las claves necesarias para descifrar el sustrato racional de un concepto tan cardinal como lo es el sujeto. Y ante la complejidad avizorada, conviene puntualizar en el **Idealismo**, viéndolo en su condición de síntesis entre el empirismo y el racionalismo. Y en el **Vitalismo**, por ser una teoría filosófica que trata la vida siempre en transformación.

En fin, son dos posiciones teóricas con orientaciones diferentes. La primera es un filosofar con los aparejos tradicionales. La segunda es un filosofar con aparejos renovados; por lo menos así se presentan.

El alemán Friedrich Hegel (1985) coloca en el terreno filosófico la existencia de un sujeto singular, concreto e histórico. Este sujeto tiene su contraparte en un sujeto universal revelado en la conciencia de sí mismo como totalidad. Plantea que el pensamiento al ser la realidad (el pensar es lo pensado y viceversa) puede ser alienado o desterrado de sí mismo. Para evitar esa alienación debe, enfáticamente, unificarse más allá de todo extrañamiento o enajenación. Este es el principio de la dialéctica hegeliana: se asume un reconocimiento entre el pensamiento y la realidad que se le opone o le es extraña, y al mismo tiempo se asume la superación o negación de las diferencias.

El pensamiento puede y debe llegar a la verdad, y para hacerlo es necesario que unifique lo múltiple, pacifique conflictos y establezca órdenes. La unificación es

el final; por lo tanto, el pensar es finito: acaba en la comprensión total de la realidad, y el pensamiento es un saber absoluto. El proceso de unificación se da en los ámbitos del lenguaje, de las relaciones sociales, del trabajo...del Estado.

En este ambiente filosófico, el sujeto se limita a presentar razones para demostrar la validez de respuestas definitivas. Por eso, privilegia el cálculo o, lo que es igual, la búsqueda de la unidad. Así es el pensamiento del sujeto absoluto de Hegel, y lo llamará espíritu del pueblo.

Según la propuesta de Hegel (1976), el pensamiento sujetado es aquel que se deja contaminar por la duda y entra en conflicto con sus pares; no resuelve el conflicto y se queda inmóvil dentro de la sensación. El autor ve en la sujeción una amenaza que tiene oportunidad de ser en la primera etapa del pensar. En esta primera etapa, se tiene un conocimiento sensible, fuera de las positividades. Luego, el conocimiento avanza y alcanza estadios superiores, hasta hacerse absoluto. Solo, entonces, la amenaza desaparece. Por supuesto que, en el tránsito, se producen enfrentamientos; no obstante, se resuelven en la unidad, en lo absoluto. He aquí, la "síntesis de los opuestos"; la fórmula de la libertad del pensamiento. Una libertad que es solo posible en el solidario encuentro con los otros y con el Estado.

Particularmente, en torno del Estado, Hegel asegura que es lo divino sobre la tierra. Y el sujeto está supeditado a esa divinidad por medio de su responsabilidad. Comporta en su pensamiento una sujeción, pero también una predicación que lo determina como síntesis totalizante del Estado. Lo que no comporta ni porta el sujeto hegeliano es una posible tensión, una ruptura, o una fuerza de pensamiento que se niegue a las verdades últimas.

En un intento por marcar distancias con la tradición idealista, Friedrich Nietzsche (2007) sí se refiere a un pensar tensional. Este autor no tranca el juego filosófico ni coloca el pensamiento en posiciones extremas. Es decir, por ejemplo, no ubica en un extremo al sujeto, y en otro al Estado para reducirlos a una unidad anticonflictos. Asevera que “Yo, el Estado, soy el pueblo. Es una gran mentira” (p.52). Nietzsche no unifica ni pacífica. Su filosofía plantea que la fuerza del pensamiento está en los conflictos. Está en una tensión no anquilosada en extremos, y negada a la unificación conciliadora. Por ello, el pensamiento se abre a un juego de interpretaciones diferentes e inagotables, montadas y desmontadas, según las circunstancias y los deseos, más que por las necesidades del sujeto.

De modo que el sujeto es muchos porque es con *otros* y con las circunstancias de su tiempo. Vive en una permanente oscilación, en un vaivén inseguro entre las ficciones de un mismo sujeto y entre las ficciones de diferentes sujetos. Paul Ricœur (1977) asegura que esas ficciones, a pesar de que alguien pudiera imaginárselas como máscaras, no ocultan algo. Las ficciones de-muestran, hacen visible la configuración de las fuerzas (conflictivas, contradictorias), de las subjetividades.

Ante aquel sujeto absoluto, aparece este sujeto múltiple con identificaciones que son las ficciones o metáforas necesarias en su devenir: Dominante y dominado, amo y vasallo, amigo y enemigo, e incluso el superhombre constituyen momentáneas configuraciones de la multiplicidad de fuerzas, de subjetividades que son el sujeto. Nietzsche plantea que el hombre es un lazo que une a la bestia y al superhombre. Tal unión se da en una peligrosa travesía en la cual los pasos son

temblorosos e inseguros. Lo grande del hombre es que es un puente, y no una meta; lo que se valora en el hombre es que es un movimiento, un tránsito.

Y el tiempo del referido tránsito no es el estirado hilo que sigue el destino; más bien, se descubre en una suerte de bucle en el cual el presente abarca el pasado e incide en el futuro. Existe un triple presente, en términos de Ricœur (1987). Todo confluye en un instante que engendra el pensamiento tensional del sujeto y, conjuntamente con éste, la voluntad de poder.

En la opinión de Nietzsche, la voluntad de poder permite al sujeto liberarse de la sujeción a los grandes fundamentos, a las verdades legales de la tradición metafísica y a la de otros “dioses” que bien pudieran emerger. Se libera, pero no anulando tales verdades. Por el contrario, se mantiene entre las que existen y las que existirán, mediante el desarrollo de juegos de ficción dados a la construcción de múltiples verdades. Así que, el pensamiento tensional y la voluntad de poder arman la fuente en la cual abreva la libertad que, en definitiva, es la libertad para crear, ficcionar, metaforizar.

Quien haya seguido los planteamientos de Nietzsche verá una crítica a los modos en los que sujeto y pensamiento han sido atados a tradiciones del saber y del poder. Explica José Romero (2016) que al Renacimiento critica su elevado tono antropocéntrico sometido a Dios. Al Racionalismo su centramiento en la razón dada por Dios. A la Ilustración el traspaso de poder desde Dios hasta el pueblo. Y al Positivismo la exaltación de la autoridad de la ciencia. Su crítica avanza sobre las nociones de historia, de poder y de saber, y atraviesa un proceso angular: la formación.

Todo esto se refleja en la metáfora de las transformaciones de Zaratustra. El sujeto ha sido un camello que ha llevado cargas, se ha transformado en león y ha roto con lo establecido. Después, tendrá que convertirse en un niño constructor y destructor del mundo.

El sujeto quiescente del siglo XXI

Lo cierto es que el sujeto no se ha transformado. Permanece sometido a otra voluntad (Dios, Estado, Ciencia) que le otorga un sentido único e imperecedero.

De esas grandes voluntades derivan nociones atadas a empiricidades. El progreso es una esas nociones. Es un metarrelato que viene asido, por un lado, a la infinitud trascendental del Estado y de la Ciencia, y, por el otro, a la finitud empírica del trabajo. El Estado y el trabajo son dos formas de ser: **la esencia** en todos los sujetos por igual, y **los rasgos particulares** presentes en los sujetos de modos diferentes.

Debido a esa acomodada y conveniente esencia, el trabajador queda determinado por el Estado. No es más que una voluntad subsumida por otra voluntad. Es una forma de la relación saber-poder revelada en la perfecta y apacible pareja dominante-dominado.

Pero la contradicción sí existe en tal pareja. Ocurre que el pensamiento moderno de Occidente, incapaz de admitir contradicciones (dos proposiciones que se niegan no pueden ser ambas verdaderas), en pleno siglo, XXI continúa jugando la carta de la igualdad. A esta prometida igualdad, todos pueden acceder por la vía del progreso; sin embargo, todos no pueden ser iguales al mismo tiempo (aunque

no se mencione en el discurso del Estado). Aquí, palpita la tradicional irreductibilidad de la imposición de un dominado y de un dominante en el centro de las relaciones de poder. Es visible que este andamiaje yace sostenido por una lógica de la no contradicción. Es una lógica que impone un Absoluto (reducto de la misma trascendentalidad).

Es cierto que, a ese Absoluto, los empiristas y los racionalistas, en el Renacimiento, la Ilustración... lo interpretan de diferentes modos. Y por lo que he expuesto, algunos lectores podrían asumir que el Vitalismo también intenta construirle una particular interpretación cobijada por la criticada trascendentalidad. Ya no es Dios, no es el Estado, y no es la Ciencia. La Vida, la Tierra es el Absoluto con el cual, atendiendo al Vitalismo, es posible concebir la relación de saber-poder, a partir de afirmaciones y de negaciones, de construcciones y de desconstrucciones, en torno de la existencia.

Lo dicho respecto del sujeto, auscultando dos posiciones teóricas disímiles, cabe en una expresión que posee una cacofonía metafórica: *La sujetada subjetividad del sujeto moderno está atada a la trascendentalidad de su pensamiento.*

Sujetada y *atada*, *subjetividad* y *trascendentalidad* son dos pares de palabras que riman más allá de la repetición de sonidos. Esos dos pares riman en el plano de la realidad por la fuerza de otra repetición. ¿Cómo opera esa repetición en la formación?

La formación del sujeto

Para estudiar al sujeto se ha hurgado en el Idealismo y en el Vitalismo. Esta estrategia también se aplica en el estudio de la formación. El propósito es presentar su marca epistemológica a partir de las mencionadas teorías filosóficas.

La formación idealista consiste en ver qué hay de racional en lo real para convertirlo en verdad última y omnipresente. Esa formación es un tipo de evolución borrascosa en el que la conciencia, partiendo de una verdad general, construye y usa un saber. Se produce un viaje (experiencia) en el cual sujeto y objeto se hacen lados de una moneda. O, se puede decir, cara y cruz de cualquier convención social si se acepta que la conciencia (sujeto) se ve como experiencia (objeto).

La dualidad (sujeto-objeto) alimenta la organización moderna del conocimiento. En esta organización, no se concede un espacio definido a las disciplinas humanísticas. El sujeto queda determinado por relaciones lógicas que la muestran como un saber aceptado y reconocido por la ciencia fáctica. La dualidad se concreta en la división del trabajo que es división entre los que más tienen y los que menos tienen; entre los que más saben y los que menos saben; entre los que más pueden y los que menos pueden. Inscrita en esa racionalidad, la formación siembra la valoración del esfuerzo laboral, y cosecha la aceptación de dos patrones: dominante (más tiene, sabe y puede), dominado (menos tiene, sabe y puede).

Así, se descubre la cara empírica del sujeto. La cara trascendental se descubre en la búsqueda de la libertad que viene conjuntada a ese mismo esfuerzo dirigido al progreso. He aquí, la oportunidad para hablar de la liberación por medio de la formación y del trabajo. Importante es recordar que esta percepción yace zambullida en el Idealismo.

La formación compete a la sociedad en general. No es misión exclusiva de la institución escolar. Sin embargo, a la escuela se atribuye la obligación de desarrollar en los alumnos la capacidad de pertenecer a la esfera pública, de ser un ciudadano. Esta obligación se vincula directamente con la moral, y se ejecuta a partir de la disciplinarización y enseñanza de las ciencias y la filosofía (sujeto epistémico y sujeto práctico). El sujeto histórico que debe alcanzar el progreso se constituye en el transcurrir de la vida. La carga trascendental de ese sujeto lo predispone a ir tras una liberación que solo se conquista siguiendo el orden conducente a un progreso prometido como recompensa.

De modo que no hay argumentos que alienten una revuelta; el orden establecido lo resuelve todo. La vida es calculable y previsible desde el mismo momento en el que la humanidad se decidió a prescindir de la protección de sus deidades para protegerse a sí misma (mudanza del *ser* ungido por los dioses al *ser* ungido por la ciencia; mudanza de la episteme clásica a la moderna). Los cambios no se justifican en medio de tal perfección, y ello habrá de pregonarse y defenderse de generación en generación. La fórmula de la Reproducción se aplica en esta formación.

La Reproducción se impone, y ha resultado ser un mecanismo perfecto para construir subjetividades alienadas. Es un elemento de reconfiguración en el seno de una sociedad que necesita fabricar sus propias subjetividades. Es la única manera legítima de establecer relaciones con la realidad; y se hace ejecutando-obedeciendo regímenes de producción de verdad. Esto significa que se reprimen muchos saberes

y formas de construirlos; dando lugar a condicionados modos y medios de comprender y actuar en el mundo.

Parece obvio que hay una actuación al margen de la voluntad propia, de los conflictos y de la crítica, pero muy comprometida con la voluntad de los poderosos. En definitiva, a eso se denomina sometimiento/sujeción, respecto de un centro de poder. El compromiso en cuestión hace que la desaparición de la Reproducción sea algo complejo porque sus prácticas, por diminutas que sean, pueden institucionalizarse y perpetuarse. Y los poderes institucionales manipulan el saber, las acciones y las interacciones de los sujetos en todos los ámbitos.

La manipulación acrecienta el imperio de la Reproducción desde la formación. La función reproductora dada en la escuela y fuera de ella implica una práctica ejercida sobre los sujetos, y está diseñada con el objetivo de perpetuar un cierto tipo de relación saber-poder. Según Michel Foucault (1990), este proceder favorece el almacenamiento de conocimientos que, por legítimos, no necesitan ser pensados; tan solo asimilados y transferidos. Se fabrica una subjetividad normalizada o disciplinada forjadora de tradiciones en la existencia. La tradición es, en este escenario, una vía hacia la consolidación de un saber homogéneo que permite ejercer control (poder).

La tradición forja creencias, construcciones mentales con suficiente validez para direccionar el pensamiento. Es un medio de adaptación que proporciona una visión de mundo y de sujeto. Por ese argumento, la consideran una cosmovisión epistemológica constituida en el principio-final de un circuito de reciclaje, en el cual las experiencias del sujeto en formación se trasladan a su ejercicio profesional. Este

fenómeno adaptativo es la consecuencia de un recorrido impuesto que se hace atravesando las mismas estaciones; y que por familiar y conocido se torna en un natural y único camino hacia la perfección.

La formación de Hegel es el camino de la conciencia que pugna por llegar al verdadero saber; es el camino del alma que recorre estaciones de tránsito trazadas por su naturaleza, depurándose hasta elevarse al espíritu. El sujeto se relaciona consigo mismo y excluye al *otro*. Debido a esa exclusión se impone la objetividad, determinado una cierta noción del conocimiento cuyos momentos son el número y el orden. Y la medida sintetiza la relación calidad-cantidad; por lo que su expresión última es el sujeto acabado. Así, sobreviene la lógica de la Reproducción, de la sujeción en la vida, en la formación.

Esa es una lógica cuántica que se hace disciplinar y que subyace en el propósito de formar en dos direcciones: desarrollo de disposiciones preexistentes, y fijación de un modelo ideal. “Divide y vencerás” esta es la consigna de la formación y es el hacer-se de la sujeción.

De manera que, la función reproductora, bien adherida a la tradición, es la marca del proceso de configuración de profesiones. Es un dispositivo de sujeción, de control fundacional de la formación para el trabajo, y más, ampliamente, del sujeto. De esa articulación (Reproducción-tradición) es desalojada la dimensión gnoseológica; en consecuencia, el desafío de aprender a pensar desde un afuera de lo que ya se sabe queda sin efecto. Y por ello, no se capta la historicidad de los procesos, incluido el de formación, y no se incide en las teorías, las visiones, los

conocimientos que marcan el modo habitual del pensamiento, el modo habitual de *ver*, oír, leer...

En la teoría nietzscheana se exhibe una visión diferente en torno de la formación. Se despliega una perspectiva que descubre a la formación como un proceso demandante de un trabajo arduo e incesante: aprender a *ver* a pensar, a hablar y a escribir. En el aprender se construye el poder para elegir de un sujeto que sabe decir *no* al sentimiento de culpa, al ideal cristiano y al servilismo; y que, revelándose y resistiendo, conquista su propia autonomía y diferencia.

Nietzsche (1998) plantea que el significado de *ver*, oír, pensar, leer y escribir ha sido corrompido por la tradición idealista. Critica y acusa de servil a la formación que ve al sujeto como parte de un rebaño, y le enseña a obedecer una voz de mando. Asegura que el sujeto no debe hacerse por disciplinamiento. Debe hacerse por la conquista de un propósito: ser lo que se es por naturaleza, es decir único. El sujeto perfilado en esta teoría no es una dualidad. Es una unicidad que se transforma y se supera a sí misma, aprovechando la voluntad. Tal superación admite las controversias, las disputas con los *otros* (encuentros de voluntades).

La voluntad tiene una fuerza ética-ontológica; por eso el sujeto es dominante o dominado, según despliegue su actividad o pasividad. Al primero, corresponde la moral del amo, y al segundo, la moral del vasallo. En la moral del amo, puede que no exista afán por someter, sino necesidad de afirmar la vida, destacando las necesidades propias. Si es así, entonces, se produce la superación de sí mismo, sin sometimiento a un imperativo categórico. Consecuentemente, el sujeto no se hace ni se supera a sí mismo por medios disciplinantes. La disciplinarización es la

vía de acceso hacia la corrupción del aprender. El sujeto debe hacerse-formarse mientras descubre y potencia los talentos innatos que le permitirán ser lo que se es: un conjunto de obras y actos asidos a la fuerza de la transformación.

Es evidente el carácter natural, vitalista de esta posición, pero no por ello resta presencia al mundo exterior, institucional. La formación abarca otras instituciones, y penetra en la cotidianidad donde también es posible aprender a *ver*, oír, decir, pensar y hablar...

Para dar más fuerza nietzscheana al sentido manifiesto en estas acciones, se dice, por ejemplo, a propósito del aprender a *ver*, que consiste en profundizar la vista, la mirada más allá de la observación y de la señal. La intención es advertir con paciencia y desconfianza el advenimiento de las cosas que se deben sondear, considerando todos sus lados, hasta llegar a comprenderlas en su dinámica relacional. El *ver* es, pues, un arte abierto a los horizontes. Es un arte no monitoreado, no enseñado en el claustro de una metodología; exige el despliegue de la experiencia del que aprende en libertad. Afirma Larrosa (1995) que la experiencia es lo que le pasa al sujeto, lo forma y transforma. Por esto, el sujeto de la formación es el sujeto de la experiencia transformadora y compleja (más allá de lo útil, de la técnica).

El *ver* del Idealismo se califica de técnica que aniquila la posibilidad de elección del sujeto en formación. La elección conlleva una relación de fuerzas entre lo noble y lo bárbaro, lo falso y lo verdadero, la originalidad y la mediocridad, la libertad y el sometimiento. En el *ver* hegeliano se oculta esa relación para que se acepte el

dominio de una fuerza. Entonces, seguir a un maestro o servir a un Estado es cuestión de imposición, y no de elección.

Esa es una importante razón que justifica una formación para el trabajo desarrollada por vocación. Claro, el trabajo podría seguir constituyéndose en una fuente empírica que une la formación del sujeto con su existencia. Pero ya no lo obliga a servir a una autoridad superior, sino que lo lleva a realizar su vida.

Es importante puntualizar que Hegel con su Idealismo representa la clásica racionalidad occidental, y Nietzsche representa, una tendencia naturalista y vitalista que critica esa racionalidad. No obstante, en cierto sentido, esta crítica resulta ser una especie de boomerang. Mientras destaca las debilidades que la tradición clásica endilgó a la Modernidad, logra rescatar también lo aprovechable de ella. Y es que, incluso, cuando habla de formación, acepta que, efectivamente, se debe propiciar la liberación, respecto a las tutelas, a las tradiciones. Pero esto no significa una independencia artificiosa del pasado. Si así ocurriera, se estarían formando los siervos-vasallos del presente.

A fin de cuentas, su propuesta pretende un acercamiento a la historia, sin ataduras a modelos doctos y edulcorados, por la moral universal y la lógica de la no contradicción. En consecuencia, es preciso acceder a lo que ha permanecido oculto en el porsiacaso del tiempo, en los ritos y mitos: el dolor y la misma tragedia, lo insólito. Este acceso no es posible por la razón, sino por el arte que nos permite apreciar la inexplicable presencia de la subjetividad con su carga de emociones, pasiones, temores...y resistencias. La posición de Nietzsche, según expresa Romero (2014) es que la ciencia debe dejar un lugar para el saber no-científico,

para el arte. Esa es la condición de posibilidad fundamental en el forjamiento de una cultura auténtica.

Por el arte se sabe que la hegemonía no es congénita; es una herencia cultural; y tiene ocasión de cambiar de brazo ejecutor, y tal vez, desaparecer. Este ambiente filosófico alienta una formación que debe acercarse lo más posible a una perfección (¿utopía?) construida por voluntad propia. Una formación no acaba que se construye en cada instante de la existencia para hacerse Resistencia. Si ello ocurriera así, la Reproducción sería expulsada de su paraíso tradicional.

La Resistencia es lo opuesto de la Reproducción. Es la batalla librada contra formas de sujeción que operan sobre el sujeto. Es el detonante de los conflictos. Por eso, la expulsión de la Reproducción se conecta al pensamiento nietzscheano, en la medida en que se asume, siguiendo a este pensador, que toda significación-sentido del poder emerge desde el interior de los conflictos que tejen el devenir de la historia. Sin embargo, al mismo tiempo, la historia no determina al sujeto de hoy; por lo tanto, durante la formación se tiene la posibilidad de interrogarla y superarla. El punto crucial de este asunto es la voluntad para cambiar.

Es importante explicitar que, siendo el poder una relación de fuerzas opuestas, en tal poder se da el ejercicio y la Resistencia. Esas fuerzas no se anulan. Constantemente, se provocan y se desafían. Foucault dice que la conjugación de ambas fuerzas constituye el arte de la existencia, o lo que es igual, las técnicas de sí mismo. Entonces, la relación del sujeto con su adentro, con su subjetividad puede ser una forma de Resistencia.

También es prudente que se aclare lo siguiente: la Reproducción es un mecanismo para construir subjetividades, mas no es una técnica de sí mismo. En todo caso, es o una especie de técnica para sí mismo. Y se asume de esta manera, porque la Reproducción no conjuga fuerzas. Se queda en el ser para sí; vale decir en el afuera, en el ejercicio, en la objetividad.

La quiescencia de la formación del siglo XXI

Hasta aquí, se han discutido dos concepciones del sujeto y dos concepciones de la formación. Encuentros y desencuentros filosóficos que se revelan en la realidad actual. No hay ni retirada ni avanzada. Hay estatización en la formación. Esa estatización es el indicador de que la fórmula señera, es decir la Reproducción (sujeción) ha sido efectiva; y ha sido, además, el resultado de unir las cantidades adecuadas de saber y de poder, previo aislamiento por medios disciplinantes de la Resistencia (subjetividad). Hoy, puede decirse que a un sujeto sujetado han endosado una formación estatizada.

Esa estatización refiere una condición caracterizada por la inercia. Es sabido que tal condición se produce porque no existe una fuerza capaz de interrumpir el reposo de un cuerpo. Solo que aquí, es un proceso-la formación- lo que se ha mantenido inerte. ¿Quién o qué impide el surgimiento y la actuación de esa fuerza en la formación? La respuesta se liga al Estado, y se destaca lo concerniente al ejercicio del poder. Posteriormente, se verá que tal ligazón abarca otras instancias más cercanas y habituales.

La idea es concebir la estatización como una condición determinada por el sometimiento a un centro de control que pauta lo conveniente a su permanencia y evolución. La conveniencia discurre inmersa en conflictos que, muchas veces por duraderos, se convierten en costumbres; y esto no es una situación exclusiva de un momento histórico especial.

En el mundo siempre ha existido afán de imposición. El devenir de la humanidad parece estar minado de ejemplos que lo demuestran: tribus, imperios, países, continentes, culturas, grupos políticos, sectores económicos, pandillas, sectas, familias, sexos, personas... Y es claro que la imposición no se circunscribe únicamente a pugnas que se tejen con las puntadas de la hegemonía política y económica, ostentada y auspiciada por el Estado. El asunto es más abarcador. En verdad, invade los espacios íntimos de la realidad, y alcanza los actos que a diario son protagonizados por los integrantes de la sociedad. Foucault (1980) afirma que la resolución de los conflictos por medios hegemónicos se produce gracias a la extinción de una voluntad.

La hegemonía puede ser aplicada por un grupo o por un sujeto que ha sido capaz de adueñarse de los mecanismos reguladores de las manifestaciones de los *otros*, a fin de ponerlos a su servicio. Es una receta que, sempiternamente, se ha aplicado con la idea de resolver el lío histórico de las diferencias. Logra transparentarse en una pasividad o en una rendición convenida y validada como componente de un modo de ser. Gracias a la hegemonía, el sujeto se equipa con hábitos y conocimientos (tradiciones) que lo preparan para aceptarla por ser una cuestión natural, o por lo menos necesaria en la resolución de los conflictos.

Dada la transmisión de conocimiento y hábitos, se nombran personajes (expresión propia de la narrativa relacionada con la ficción) que la historia dicha y cerrada ha dado por desaparecidos. Sin embargo, la historia diciéndose y abierta los descubre revitalizados; actuando en nuevos escenarios y transfigurándose en sus nuevas ficciones. Se ejemplifica: un vasallo del Medioevo puede verse transfigurado en un obrero de la actualidad.

Es posible atreverse a más y decir que el vasallo del Medioevo puede verse transfigurado en el ciudadano. Belem Grandal (2013) dice que el vasallaje no se revela solamente en la condición laboral o en la clase social; también se revela en un modo de ser, en el accionar que a diario se produce en la intimidad y en la sociedad. El término vasallo designa a quien sirve a un señor que ostenta una categoría superior. El vasallo recibe a cambio ciertos favores. En una interpretación más amplia, es un súbdito con respecto a una figura de poder.

Es obvio que no es un objetivo de esta disertación mostrar especificaciones sobre ese tema. Lo que sí es importante es afirmar que la sociedad, pese a los siglos que la separan de la época medieval, desarrolla prácticas hegemónicas parecidas al vasallaje. Sus miembros se asumen vasallos o señores, según sean dominados o dominantes; y pueden no estar conscientes de la condición ostentada. No ocurre así por una herencia genética. Ocurre debido una herencia histórico-cultural; y la formación desempeña el papel de medio reproductor.

Finalmente, se han abordado dos tendencias filosóficas, y se ha descrito la concepción de sujeto y de formación que ha triunfado en la Modernidad occidental. Esa concepción ha sido el objeto de una crítica bien pensada. Se entiende que de

la crítica del saber constituido depende una posible transformación. Nunca se ha tratado de pesimismo ni de escepticismo en la investigación, en la interpretación hermenéutica. Se ha tratado de *ver* la realidad sin anteojeras. Bien lo explica Sergio Pérez (2017) refiriéndose a un capítulo de “La gaya ciencia”. Al ver la catastrófica caída de los ídolos; en otras palabras, de los conceptos, valores (verdades) de la sociedad occidental, tenemos la oportunidad de construir otros significados, y de ver el porvenir, no como algo terrible y doloroso, sino como un tránsito que puede transformar la vida en algo mejor. La ciencia referiría a los hombres de sí mismos para sí mismos, no procurando la reestructuración de un falso ídolo o promesa, sino procurando la liberación del poder generador y destructor-más allá del bien y del mal- de los propios hombres.

La última palabra no se dice si no se termina de contar, y todavía está lejos el principio del final. Podemos construir otra formación.

De crisálida en cautiverio quiescente a mariposa en libertad movilizadora.

Referencias

- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona, España. PAIDOS.
- Foucault, M. (1980). *La microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta
- Grandal, B. (2013). *Vasallaje y servidumbre en el siglo XXI*. En https://www.lahaine.org/est_espanol.php/vasallaje-y-servilismo-en-el-siglo-xxi.
- Hegel, F. (1976). *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Edic. Solar.
- Hegel, F. (1985). *Fenomenología del espíritu*. Madrid: F.C.E. España, S.A.
- Larrosa, J. (1995). *Genealogía del poder: Escuela, poder y subjetivación*. Madrid: La Piqueta.
- Nietzsche, F. (1998). *El ocaso de los ídolos (o como se filosofa a martillazos)*. Barcelona-España: Tusquets.
- Nietzsche, F. (2007). *Así hablaba Zaratustra*. Valladolid: MAXTOR.
- Pérez, S. (2017). *Nietzsche no es nihilista ni pesimista: una breve explicación*. En https://www.vice.com/es_latam/article/7xxaqb/creators-nietzsche-no-es-nihilista-ni-pesimista-una-breve-explicacion
- Ricœur, P. (1977). *La metáfora viva*. Buenos Aires: Megalópolis.
- Ricœur, P. (1987). *Tiempo y narración*. Madrid: Cristiandad.
- Romero, J. (2014). *El joven Nietzsche y la quiebra de la cultura moderna*. Revista de Filosofía HYBRIS. En <http://revistas.cenalt.es/index.php/hybris/index>